

EDITORIAL

HOMENAJES

HA llegado a nosotros el número 1000 del *Repertorio Americano*, que dirige don Joaquín García Monge con tan ejemplar devoción. La REVISTA IBEROAMERICANA ha manifestado sus sentimientos con relación a tan eminente escritor, en uno de los números que le fué dedicado. Ahora reitera ese homenaje, haciendo suyas las palabras de los escritores que en este número 1000 colaboran.

Repertorio Americano ocupa un puesto de honor en la prensa de Iberoamérica. Ha sido siempre el paladín de todas las causas justas, ha exaltado los valores de nuestra cultura, ha realizado una tarea brillante en defensa de los intereses de nuestros países. Veinticinco años de labor hacen de esta publicación un símbolo y colocan a su director en el grupo de los grandes conductores de América.

Tiene razón Félix Lizaso al decir que "El *Repertorio* fué, desde su creación, vértice seguro de la más ge-

nuina americanidad. Allí la palabra de América se dió cita y desde todos los confines del Continente americano llegaban los mensajes más fortalecedores de una conciencia en formación. Los que antes habían columbrado el porvenir, los que ahora verán el futuro, los que alimentaban la esperanza de una patria americana de todos, junto a las patrias de cada uno, daban sus tonos en el concierto que García Monge con amor sin límites ofrecía, como la mejor contribución de su espíritu libre y generoso, a la formación de una sólida conciencia americana. Allí las voces de Bolívar, Sarmiento, Martí, Rodó eran fondo adecuado sobre el que destacaban sus tonos las voces de las nuevas generaciones”.

Estas palabras dan buena idea de una obra y sitúan claramente a su realizador.

En el intervalo de la publicación del número anterior de la REVISTA IBEROAMERICANA al presente, hemos tenido noticia del fallecimiento de tres insignes hispanistas norteamericanos: los profesores Laurence A. Wilkins, Rudolph Schevill y John D. Fitz-Gerald, los tres consagrados íntegramente al estudio y divulgación de las letras españolas, los tres pertenecientes a una generación de capacitados investigadores del pasado y del presente hispánico.

Wilkins fué fundador de la Asociación Americana de Maestros de Español y Portugués, y su presidente en los años que van de 1917 a 1927; Director de Lenguas Extranjeras en las Escuelas Públicas de la ciudad de Nueva York y, como dice el profesor Henry Grattan Doyle, actual editor de la revista *Hispania*: “devoto exponente de la lengua española y la cultura hispánica, precursor entre los maestros de español, valeroso guía, mo-

delo de «scholar», amante de la naturaleza, verdadero americano, excelente amigo”, deja una obra extensa de estudios, ediciones de textos, comentarios, notas que hicieron de él una autoridad en la disciplina del idioma que seguía. En los momentos en que se dudaba de la existencia de una tradición hispánica en los Estados Unidos, fué de los más vehementes defensores de esa tradición. Cuando nuestro idioma era relegado a último término en los programas de enseñanza, él logró imponerlo en las escuelas a su cargo y abrió brecha para crear la situación que hoy se observa en los Estados Unidos, de preferencia de los idiomas de Iberoamérica en la segunda enseñanza de aquel país. Por eso los artículos que con motivo de su muerte le han dedicado en el último número de la revista *Hispania* —que fué suya por muchos conceptos— sus amigos, colegas y discípulos Hymen Alpern, Alfred Coester, Joseph W. Barlow, Theodore Hubner, Herman Hespelt y Robert H. Williams, son tan justos y merecidos.

En Berkeley, el 17 de febrero de este año fallecía el que fué profesor efectivo de la gran Universidad, de 1910 a 1944, y Emeritus desde esa fecha, Rudolph Schevill, otro de los grandes investigadores de la literatura española de los Siglos de Oro, estudiante, en otros tiempos, de la Sorbona y de la Universidad Central de Madrid. Sus estudios sobre Lope de Vega y Cervantes se consideran fundamentales para el conocimiento de los dos grandes autores de la décimoséptima centuria. Schevill es uno de los constructores del hispanismo en Norteamérica, con Ford, con Rennert, con Marden y con Fitz-Gerald, el tercero de los grandes maestros desaparecidos.

John D. Fitz-Gerald fallecía en su vieja casa de Urbana, en Illinois, el 8 de junio de este año. Cervantista de primera calidad, miembro correspondiente de la Real Aca-

demia Española, profesor por largos años de la Universidad de Illinois y Jefe del Departamento de Lenguas Romanas de la Universidad de Arizona, participó también en la obra de entendimiento de la América de habla inglesa con la América española y portuguesa. Fitz-Gerald recibió su grado de Doctor en Filosofía en la Universidad de Columbia, en 1906. Había obtenido hace pocos meses su jubilación. Uno de sus últimos actos, que debemos agradecer los hispanoamericanos, y particularmente reconoce el que esto escribe, es el de haber presentado —como Presidente de la Comisión de Miembros Honorarios a la asamblea anual de la Asociación Americana de Maestros de Español reunida en Chicago en los días 27, 28 y 29 de diciembre próximo pasado— la proposición para que fueran designados miembros de honor de tan importante sociedad los profesores Germán Arciniegas, Alfonso Caso, José María Chacón y Calvo, Juan B. Lavalle, Fernando Ortiz, Manuel Romero de Terreros, Rafael Heliodoro Valle y el autor de estas notas. Tan viva muestra de fraternidad establece lazos sólidos y efectivos a través del espacio y del tiempo entre los maestros dedicados a la enseñanza de la cultura hispánica en las dos Américas.

Si en el número anterior la REVISTA IBEROAMERICANA se asoció con vehemencia al duelo por la muerte de dos grandes espíritus de Hispanoamérica, ahora hace presente su pesar por la desaparición de estos tres grandes hispanistas norteamericanos.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA